



Relato junio 24 2023

Responsable del relato Análida Estrada B.

Asistentes:

Ramiro Ramírez, Diva Gutiérrez, Humberto Parra, Rocío Gómez, Catalina Arcila, María del Pilar Palacio y Análida Estrada.

El libro: Sobrellevar la porción de noche, es un escribir sin pretensión académica, es más una respuesta a un sentir personal.

María Cecilia hace la presentación de su libro, iniciando con la lectura del poema: Tiempo definido de Maruja Vieira. Hace lectura de las primeras estrofas. Aquí el poema completo.

Está bien que la vida de vez en cuando
nos despoje de todo.
En la oscuridad los ojos aprenden
a ver más claramente.
Cuando la soledad es el vacío intenso
del cuerpo y de las manos,
hay caminos abiertos hacia lo más profundo
y hacia lo más distante.

En el silencio las amadas voces
renuevan dulcemente sus palabras
y los muros custodian el rumor infinito
de los ausentes pasos.
Los labios que antes fueron
sitio de amor en las calladas tardes
aprenden la grandeza

de la canción rebelde y angustiada.

Hay un viento en suspenso sobre los altos árboles,
un repique de lluvia
sobre ruinas oscuras y humeantes,
un gesto en cada rostro
que dice de amargura y vencimiento.

Sigue un lento caer de horas inútiles,
desprendidas del tiempo,
y más allá de todo lo que formaba
el círculo pequeñito del mundo,
"aquel mundo cerrado, con sus vagas estrellas
y su bruma de sueño",
despierta inmensamente la herida voz del hombre
poblador de la tierra.
Antes estaban lejos, casi desconocidos,
el combate y el trueno.
Ahora corre la sangre por los cauces iguales
del odio y la esperanza,
sin que nada detenga la invasora corriente
de las fuerzas eternas.

El contexto en el que Vieira escribe este poema es político, hace más de 70 años, sin embargo, leerlo en este tiempo, da lugar a que cada uno pueda encontrarse en él.

María Cecilia hace su exposición en tres bloques. El primero lo denominó, esto es lo que hay.

Es personal y lo comparte con un ejercicio que nombra su paso por lo analítico. Una bella manera de decir, hablar hasta hacer el vacío necesario, para sobrellevar la porción de noche. En un acto de hablar y escucharse que termina siendo, eso es lo que hay. Este primer bloque está comprometido con su análisis y con su: Sobrellevar la porción de noche.

Con eso que hay, aparece un efecto de lo escrito en un tiempo distinto al académico. Aquí aparece el segundo bloque, que enuncia como este tiempo de lo escrito, no se parece en nada a lo académico. Porque en este tiempo se renueva o se estrena una manera de nombrar lo cotidiano, sobre todo en un momento de pandemia, con todos los decires que sobre esta se hacía. También una manera de nombrar a los objetos cotidianamente. Se renueva aquí esa mirada que tenemos con lo cotidiano, esos destellos claro oscuros que están allí, acompañados en esta época por, los miedos, desconcierto, intimidación e incertidumbre.

Lo que a cada quien le correspondió en su contexto y en ese momento en particular, como único tema, única noticia; lo ponía en vilo con la existencia de la humanidad. Una saturación que invitaba a redescubrir la belleza en las cosas simples. Todos estos encuentros con lo cotidiano de ese momento, fue lo que le animó a escribir. Trenzar esa incertidumbre con la belleza y simpleza de las otras cosas de la vida.

María Cecilia se remitió al texto: Meditación sobre la belleza de François Cheng.

De este texto de Cheng yo retomo: *“Hay bellezas llenas de una luminosa dulzura que, de repente, por encima de las tinieblas y del sufrimiento nos remueven las entrañas; otras, surgidas de algún subterráneo, nos atrapan o nos arrebatan con su extraño sortilegio; otras, puro fulgor, subyugan, fulminan... Una verdadera belleza debe ser, misteriosa y “sin fondo”*

María Cecilia señala como esta lectura de Meditación sobre la belleza, hace un efecto de evocar, imaginar; una mezcla de lo que se encuentra en el pasado, de lo que ya ha sido, de lo cual sobreviene; unas memorias que se renuevan y se enlazan con este tiempo de la pandemia, de un encierro en el cual, cada uno lidio con ello. Si algo permitió esto, era mirarse de otra manera. A ella, tejer palabras ante la muerte como queriendo nombrar lo que Pascal llama al final, la irrevocable muerte. Porque era una forma de vérselas con la muerte y también la muerte del otro.

Escribir no se parece a los otros tiempos de la vida, al escribir se está en otros tiempos. Escribir es también ver el trabajo del tiempo y tejer sobre formas diversas de la vida y de sus tiempos. Escribir es como tejer nuevos trajes para uno y otros. Nuevos velos para entrever la porción de noche, que es puntual, sobrellevar.

Hace lectura de la primera parte de su texto sobre Desconciertos, la cual recoge la eventualidad de la contingencia sanitaria. En este tiempo le sorprende esa experiencia inédita del tiempo. La rutina y los hábitos. La lentitud y la inercia. El miedo, la angustia o el enojo, en otro tiempo, el de este momento. Extrañamiento y embotamiento de los sentidos, o una pequeña conquista de serenidad o receptividad ante lo que sucede. Se pregunta: ¿Todo esto cómo será leído en otro tiempo, cuando haya pasado el confinamiento?

Nombró de nuevo a Cheng para decir: recoger de la vida abierta la parte de lo verdadero. Se hacen múltiple aseveraciones, todas a nombre de la sobrevivencia; sobre ese afuera que parecía amable y confiable y hoy es desierto, con incertidumbre, una desnudes. El encierro protege, pero también expone al ruido de las pantallas. Bombardeo de imágenes. Las pantallas sobredimensionan la contingencia, distraen sobre otros dramas humanos alimentando un temor difuso.

El tercer momento es el de la ventana. Otro elemento que le evoca es la manera como la ventana hace escritura y como diferentes artistas lo retoman en este tiempo de confinamiento. Se hace escritura, poesía, video, fotografía, pintura. Todo un mundo de escritura.

Hace mención de Octavio Paz para decir: “las palabras son inciertas y dicen cosas inciertas, pero digan esto o aquello nos dicen” esto señala que el libro, sobre llevar la porción de muerte, era un libro que se estaba haciendo, sin saber que se estaba haciendo. Se escribió con fragmentos de vida con nombres impersonales y también evocando muchas veces el poema de Emily Dickinson, Saber llevar nuestra porción de noche.

Saber llevar nuestra porción de noche
o de mañana pura;
llenar nuestro vacío con desprecio,

llenarlo de ventura.

Aquí una estrella, y otra estrella lejos:
alguna se extravía.
Aquí una niebla, más allá otra niebla,
pero después el día.

Convirtió los fragmentos de vida en la contingencia, en una escritura para sobrellevar la porción de noche. Descubrió en su escritura, que escribir es ficcional, bordear, abordar, bordar. Es ir en busca de algo, imposible de atrapar con las palabras. Constatar que ante lo vivido no hay más que palabras, las cuales tienen el enorme poder de liberar un poco, pero tampoco son concluyentes.

Con la lectura de Rosas amarillas de su texto y el poema de León Felipe,

La ventana.

Diré algo más de la Poesía. Diré que la Poesía es una ventana. La ventana. La única ventana de mi casa.

Por esta ventana irrumpe la luz e ilumina todo lo que yo escribo en las paredes.

Y también entra el viento. El viento entra y sale por la ventana y un día se lo lleva todo: las paredes, las palabras escritas y este yo que tiene una orgullosa cola de renacuajo y que también parece un torpe y lento gusano que camina movido por el hilo viscoso de su baba.

Prefiero la metáfora del gusano, diré entonces que este yo, el pronombre personal que he escrito tantas veces en las paredes, es un gusano nada más.

Diré también que el viento es un gigante burlón que se lleva los sueños, como los huevos del perdís y que los acuesta en lechos blandos y propicios.

Y diré que la luz puede abrir las cajas fuertes de los Bancos, derribar las presas, romper las cuerdas de los paquetes certificados y hacer juegos asombrosos de prestidigitación.

Diré algo más de la luz. La luz puede ablandar y descerrajar los sueños. He dicho sueños o he dicho huevos, porque un huevo es un sueño y un gusano es un sueño que camina.

Yo sé además que entre el viento y la luz hay ciertos planes.

He oído decir que, entre el viento y la luz, pueden convertir a un gusano en mariposa. Y ¿Quién sabe lo que serán capaces de hacer algún día con el hombre...?

Pero... ¡Silencio!... que no se entere la policía, porque podrían cerrarme la ventana.

Pero hay un antes de León Felipe. Charles Baudelaire con el poema:

Las ventanas.

Quien mira desde fuera a través de una ventana abierta, no ve nunca tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, más misterioso, más fecundo, más tenebroso, más deslumbrante, que una ventana iluminada por una candela. Lo que se puede ver a la luz del sol es siempre menos interesante que lo que se pasa detrás de un cristal. En ese agujero oscuro o luminoso vive la vida, sufre la vida. Más allá de la oleada de tejados, entreveo a una mujer madura, ya con arrugas, pobre, siempre inclinada sobre algo, y que nunca sale a la calle. Con su rostro, con su ropa, con su gesto, con casi nada, he reconstruido la historia de esa mujer, o más bien su leyenda, y a veces me la cuento, llorando, a mí mismo. Si se hubiera tratado de un hombre viejo y pobre, habría reconstruido la suya con la misma facilidad.

Puede que me digáis: «¿Estás seguro de que es verdad esa leyenda?». ¿Qué importa lo que pueda ser la realidad que hay fuera de mí, si me ha ayudado a vivir, a sentir que existo y lo que soy?

Escribir para María Cecilia, esos trozos de vida en medio del encierro, era un poco como padecer la agitación de la memoria y ver cómo era mirar por la ventana.

Era también desdramatizar la muerte para seguir viviendo y tejiendo con palabras.

Escribir también es producir un artefacto. Escribir un libro es el saldo de una doble operación. Con la conmoción ante algo y con la disección mediante las palabras.

Se escribe para tramitar, olvidar, transmitir y contando con haber leído. Es una especie de metabolismo de la vida.

¿El asunto es por qué escribimos?, para qué escribimos? Para comprender, olvidar, descifrar, apaciguar, ver, liberarse, producir presente en memoria ficción.

De la segunda parte de su libro compartió, La muerte crece.

Al leer el texto de María Cecilia, para acompañar este relato, puedo decir con su lectura, que también transitó en ella, con trozos de vida y de memoria.

A las 11:57am se dio por terminado el encuentro.

Análida Estrada Bedoya.